

quiere ser loado, sino por un alma simple, que no desconozca ni su grandeza y sublimidad, ni su propia bajeza. Disposicion de fervor y de amor: si la *Alleluya* solo está en nuestros labios, si el sonido de ella solo ha herido los odios carnales, y no ha llegado al interior del corazon, jamas podrá conformarse con la que cantan los Angeles y los Santos; pero un Cristiano que sabe amar, que no divide su amor con la criatura, que no le debilita con los objetos exteriores, y que no le embota con el gusto de los deleytes profanos, se entrega todo á una santa alegría y á una dulce confianza cantando la *Alleluya*; y su espíritu y su corazon encuentran en esta expresion sola una prenda de los consuelos presentes, y un presagio cierto de los innumerables que ha de gozar baxo el reyno de la verdadera libertad, quando cante una *Alleluya* eterna. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

EL EVANGELIO.

ESPISTOLA DE SAN PABLO A LOS ROMANOS,
cap. 10. v. 15.

¡Qué hermosos los pies de los que anuncian el Evangelio de paz!

Los primeros pasos que dió Jesu-Cristo para instruir al pueblo, le conduxéron á un monte alto, donde habiéndose sentado, dice el Historiador sagrado, habló á la muchedumbre que le rodeaba de los misterios del reyno de Dios, y por esto le conviene admirablemente aquel dicho, que acabamos de citar del Profeta Isaías: *Qué hermosos los pies de los que anuncian el Evangelio de paz!* Así las primeras pa-

labras de este divino predicador son otros tantos seguros de felicidad, y de consuelo para los que son humildes, pobres y perseguidos. Qué hermosos son sus pies quando quiere enseñar al hombre á buscar su felicidad; pero sus cuidados no se limitan precisamente á los tiempos de su ministerio. El Evangelio de paz anunciado diariamente en el santo Sacrificio de la Misa, sea por el Sacerdote quando oficia solo, ó por el Diácono, nos trae á la memoria que todo un Dios se ha hecho nuestro Doctor y nuestro Maestro: esta es la parte mas interesante de la Misa de los Catecúmenos, y una de las mas útiles para un Cristiano que sabe meditar los misterios. Esta lectura precedida de la oracion, de las instrucciones de los Apóstoles, de los Psalmos y de los escritos de los Profetas, nos representa aquellos tiempos felices en que hijo del padre de familia, despues de haberse hecho anunciar por sus siervos y sus Ministros, quiso cultivar su viña por sí solo, y sembrar la semilla sobre su campo.

Aunque todos los libros sagrados contengan verdaderamente la palabra

de Dios, y aunque se nos proponga siempre esta santa palabra como un objeto de respeto y de veneracion, la Iglesia sin embargo quiere que consideramos muy diferentemente los escritos de los Profetas, las instrucciones de los Apóstoles, y el evangelio de Jesu-Cristo; y para darnos á conocer la importancia de este santo libro en que se escriben la vida y las acciones de nuestro Salvador, ha establecido que en las Misas solemnes se lea siempre al pueblo por un Ministro de un órden superior, y el mas inmeditado al Sacerdocio, con las ceremonias mas augustas. El Diácono toma del Altar el libro que contiene estas adorables verdades para darnos á entender que las recibe de la boca de Jesu-Cristo mismo, á fin de que los fieles sepan que les va á ser manifiesta la voluntad del cielo. En este momento, en que el Diácono sube al Altar, me represento á Moysés, llamado por la voz del Eterno al Monte Sinai entre rayos y relámpagos para recibir la ley y transmitírsela al Pueblo. Despues se postra á los pies de este Altar, delante del libro de la ley, porque sabe que

el hombre no puede ser el origen de las verdades eternas, y que su lengua falsa y engañosa por naturaleza, no puede desempeñar este tremendo ministerio, si no le da la mano, y le reforma aquel Señor que dispone de los corazones á su arbitrio. *Purifica mi corazon y mis labios*, dice entónces el Diacono, *ó Dios Todo-poderoso, y así como purificaste los labios del Profeta Isabás con un carbon encendido, dignate tambien purificarme por tu graciosa misericordia para que anuncie dignamente tu santó Evangelio*: como si dixese ;tendré valor para hablar en vuestro nombre si os desagrada mi corazon? ;Podré anunciar á vuestro Pueblo todas las verdades que poneis en mi boca, si mis acciones las desmienten? Haced, Dios mio, que vuestra misericordia destruya en mí todo lo que en qualquiera manera puede contrariar esta divina ley, para que mi corazon ame las verdades que publica mi boca, y que el Evangelio haga mis delicias, ántes que sea el consuelo de vuestros hijos. Esta oracion dispuesta por la Iglesia, anuncia ya la importancia de esta funcion sa-

grada, y la grandeza de esta ceremonia; pero todavía se hace mucho mas interesante quando el Ministro pone en su pecho el Evangelio, y doblando la rodilla delante del Sacerdote, le pide la bendicion. El Celebrante le dice entónces: *El Señor esté en tu corazon y en tus labios para que anuncies su santo Evangelio con el respeto y las disposiciones debidas*. Entónces el Diacono, precedido del incienso, en el qual se representa la oracion, que es el único medio para que fructifique la palabra de Dios, marcha ácia el lugar destinado, precedido tambien de los ciriales, para que los fieles traigan á la memoria que Jesu-Cristo, que les va á hablar en la persona del Ministro, es el que ilumina todo hombre que viene á este mundo, y el fuego de esta luz es el símbolo de la caridad que enciende su palabra en nuestros corazones. Uno de los Ministros asistentes acompaña con la cruz esta ceremonia augusta. ;Oxalá, que á la vista del estandarte de nuestra religion el Pueblo y los Ministros tomasen, como el Apóstol San Pablo, la resolucion de no estudiar en adelante sino á Jesu-Cristo crucificado.

En efecto, este Divino Salvador es el que va á hablar en su Evangelio, y sus máximas de cruz, de penitencia y de lágrimas son las que se van á oír! El Diácono levanta el libro, no solo para que se visto y honrado por todos los fieles que asisten al Sacrificio de la Misa, sino tambien para anunciarles, que van á instruirse en una moral divina, y que la verdad nada pierde de su grandeza acercándose á nosotros, así como nada perdió la Divinidad de Jesu-Cristo por haber tratado y conversado con los hombres. Por lo comun se canta el Evangelio en un lugar elevado, y esta ceremonia tiene una razon muy misteriosa. La Iglesia por este medio quiere enseñarnos, que aunque las verdades que contiene sean muy simples en sí mismas, no son sin embargo comprehensibles á los hombres carnales; y que así es indispensable para alcanzarlas elevarse sobre la carne y la sangre, porque de lo contrario, y miéntras que nuestro corazon esté agravado baxo el peso de los cuidados y de los deleytes, estas verdades podrán muy bien herir el sentido del oído, pero no llevarán la con-

vicción á nuestro espíritu, y la caridad á nuestros corazones. Con este fin el Diácono en ciertas Iglesias se vuelve al Medio-día, en otras al Septentrion, y todos los autores que han estudiado estos diferentes usos, han hallado razones místicas y edificantes, pero siempre relativas á la caridad que enciende esta divina palabra en el corazon, disipando el soplo emponzoñado del maligno espíritu. Nosotros, hermanos míos, volvámonos con el Diácono al Medio-día, y encaminemos nuestro corazon ácia aquel Señor que tiene poder para ablandar su dureza, y encender el fuego de su amor; y quando el Diácono nos habla, consideremos que nos presentamos delante de Dios para que nos instruya, y que por lo mismo debemos prestarle un oído atento y un corazon dócil.

Aunque Jesu-Cristo confió á quatro de sus discípulos el cuidado de transmitirnos sus acciones y preceptos, la Iglesia sin embargo no reconoce más que un solo Evangelio. Es verdad que los Evangelistas han escrito en diferentes tiempos, en diferentes lugares, y algunas veces en diferentes lenguas:

tambien lo es, que se han servido de diferentes expresiones, y que al parecer se encuentra alguna variedad en la relacion de ciertos sucesos, y de algunas máximas; pero la Iglesia á quien pertenece exclusivamente el cuidado especial de explicar la palabra de Dios, nos hace ver tal concierto y armonía entre los Evangelistas que de qualquiera de ellos que se tomen las verdades que se nos proponen, siempre son el principio ó la continuacion de un mismo Evangelio; y así respondemos diciendo: *Gloria á ti, Señor*: gloria porque has disipado nuestra ignorancia con la luz de tus verdades: gloria porque has consolado nuestra tristeza en la union de tu palabra: gloria porque has fortificado nuestra flaqueza con el socorro de tus preceptos. Esta alabanza con que empieza la lectura del santo Evangelio se repite tambien al concluirlo, diciendo: *alabanza á ti, ó Cristo*. En efecto, ¿hay un motivo mayor de alabanza que el que nos presenta esta ceremonia? Jesu-Cristo no se ha contentado con hacernos con sus lecciones y exemplos hombres apostólicos, sino que ha querido que las verdades que

salieron de su propia boca se convirtiesen en nuestro alimento diario, á fin de que quando no tuviesemos ocasion, y facilidad de consultar á nuestros Pastores, pudiesemos hallar en los libros sagrados exemplos que nos animasen; misterios que exercitasen nuestra fé; promesas que sostuviesen nuestra esperanza; reglas que dirigiesen nuestra conducta; amenazas que nos detuviesen en el camino de la perdicion, y gracias abundantes para amar y practicar las buenas obras que nos prescribe.

De esta corta exposicion podemos deducir importantes conseqüencias, entre las cuales la primera es respectiva á la lectura del santo Evangelio hecha públicamente en la celebracion de nuestros santos misterios. De todo el aparato con que se hace, de las oraciones que la preceden, y de todas las ceremonias que la acompañan, debemos concluir, que para asistir á ella con fruto es indispensable un corazon puro, libre de la mancha del pecado, ó á lo ménos penetrado de un arrepentimiento sincero, juntamente con una firme resolucion de expiarlo y evitarlo;

y que el temor, la veneracion, la docilidad, la confianza y la fidelidad son otras tantas disposiciones relativas á esta ceremonia. El temor, porque es un Dios quien nos habla, y porque su palabra, que jamas debe volver á él sin efecto, es ó la regla de nuestras costumbres, ó la materia de sus juicios: la veneracion, porque los preceptos que nos ha intimado son los mas santos, y su ley la mas pura: la docilidad, porque independientemente de los derechos que Jesu-Cristo ha adquirido sobre nuestra obediencia, sus leyes son tan sabias y tan conformes á nuestras necesidades, que solo puede despreciarlas y desconocerlas aquel que esté privado del uso de su razon: la confianza, porque el Dios que nos habla, nos conoce y nos ama, y sabe la materia de que nos ha formado, y por consecuencia qual es el imperio de los sentidos sobre la razon, y el de la carne sobre el espíritu, y la necesidad que tiene esta carne de ser reprimida en sus concupiscencias, y arreglada en sus deseos y apetitos: la fidelidad, porque este santo comercio que Jesu-Cristo quiere mantener con nosotros, se haria inútil si no

se escuchasen, meditasen y reduxesen á práctica las verdades que nos dirige. ¿Son estas, mis hermanos, las disposiciones que llevais para oír el Evangelio santo? ¿No manifestáis por el contrario la mayor indiferencia y distraccion?

Pero pasemos á la segunda consecuencia relativa á la lectura de este mismo Evangelio en el interior de nuestras casas. Sensible fuera por cierto que la Iglesia no nos diese á conocer el testamento de nuestro Dios sino por partes, y de una manera rápida; pero permitiendo que estas adorables verdades se traduzcan á la lengua vulgar, y que el libro que las contiene ande en las manos de todos los fieles, nos impone en alguna manera el precepto de buscar en él nuestro alimento diario. ¿De dónde proviene pues la indiferencia y la estupidez de tantos Cristianos que ni poseen ni abren jamas este libro en el interior de sus casas, y que léjos de conocer sus preceptos, ni aun siquiera saben lo que contiene? De aquí nace la poca ó ninguna solicitud para la salvacion eterna; y por consecuencia el desprecio de las verdades

que Jesu-Cristo mismo ha predicado y sellado con su sangre. Este desorden es muy deplorable, hermanos míos: esta insensibilidad es la causa sin duda de ese diluvio de males espirituales que nos inundan por todas partes: de que la fé se debilite; de que las costumbres se desarreglen, y de la casi total extincion del espíritu de religion y de humanidad. Estos son los efectos que produce el olvido de este libro divino. Se vive sin instruccion, se obra sin principios, y se muere sin esperanza y sin consuelo.

Por tanto conviene que reformemos estas ideas, si por desgracia hemos despreciado hasta aquí este divino libro. Llevemos al templo para oír unas lecciones tan saludables el espíritu de humildad y de docilidad, y meditémoslas con religiosa atencion, para que esta lectura nos instruya, nos santifique, nos anime á la práctica de la justicia, y nos haga gozar de la soberana verdad en el cielo. Así sea.

INSTRUCCION

S O B R E

EL SIMBOLO DE NICEA.

EPISTOLA DE SAN PABLO A LOS HEBREOS,
cap. 11. v. 6.

*Es necesario que el que se llega á Dios
crea que hay Dios.*

ESTA es una verdad de que la Iglesia está muy penetrada quando ha incluido el *Símbolo de Nicea* en el Sacrificio de la Misa. Ella quiere que los fieles lleven á este Sacrificio un espíritu de fé que les haga considerar la grandeza del Dios á quien se ofrece, y la misericordia de aquel Señor que se ha hecho víctima por nosotros; y así podemos decir que la principal preparacion consiste en persuadirse íntimamen-

te de los dogmas de nuestra fé, de manera que apartemos aun la apariencia de la duda.

Aquí es donde concluye la primera parte de la Misa, llamada en otro tiempo Misa de los Catecúmenos. Aquí acaban todas las preparaciones por las quales nos quiere enseñar la Iglesia las disposiciones que exige este Sacrificio, y por tanto voy á daros, mis hermanos una breve idea de las verdades que nos ofrece esta parte de la Misa.

La Iglesia ha dispuesto que se diga el *Símbolo* inmediatamente despues de la lectura del Evangelio, porque es muy conveniente que la exposicion de la fé siga á los dogmas, y á los preceptos que Jesu-Cristo nos ha revelado. Por esto besando el Sacerdote en las Misas privadas el libro de los santos Evangelios, dice: *nuestros pecados sean borrados por las palabras de vida que acabamos de leer*; y en las Misas solemnes se le presenta el Subdiácono diciéndole: *estas son las palabras santas*: y empieza su profesion de fé con esta respuesta: *las creo de corazon, y las confieso con la boca*; y despues exhorta á todos los fieles que se hallan

presentes, para que hagan publicamente la misma profesion, diciendo con voz alta: *creo en Dios Padre*.

El *Símbolo* es en general una señal, una marca, y con relacion á la creencia, es una fórmula de profesion de fé. En los tiempos de los Apóstoles habia adoptado ya la Iglesia una manera de anunciar los dogmas á los fieles, y es lo que llamamos el *Símbolo* de los Apóstoles. Despues ha variado esta fórmula segun las circunstancias, y los errores que se han suscitado contra diferentes dogmas: es decir, que sin variar en nada lo substancial de la fé, ha añadido á estas fórmulas ciertas expresiones que sirviesen para ilustrar los puntos contestados con los Heresiarcas. El *Símbolo* que se canta en la Misa, es el que se compuso por el Concilio general de Nicea, el qual se llama tambien *Símbolo* de Constantinopla, porque el Concilio general que se celebró en esta ciudad, hizo en él algunas mudanzas relativas á los nuevos errores. La Iglesia ha creído que esta fórmula mas extensiva que la que nos viene de los Apóstoles, seria la mas propia para inspirar á los Cristianos el respeto y la

fidelidad á los dogmas revelados; pero siempre es una misma fé la que se profesa, bien se diga la fórmula transmitida por los Apóstoles, ó el *Símbolo de Nicea*, ó la larga exposicion de fé atribuida á San Atanasio, que se dice todos los Domingos á la hora de Prima. En cada una de estas fórmulas encontramos los mismos misterios, y los profesamos con los mismos sentimientos de veneracion y de fé; pero sin embargo hay en la Iglesia la costumbre de estar de pie quando se canta el *Símbolo*, para hacernos entender que debemos estar prontos á caminar á la defensa del Evangelio, y á resistir con todas nuestras fuerzas á quantos tengan la osadía de atacar la verdad. Esta es una obligacion esencialísima, pero muy olvidada de los Cristianos en unos tiempos en que se contradicen las verdades eternas por todas partes. Los enemigos de la Iglesia se atreven á levantar su orgullosa cabeza, y á permanecer de pie, mientras que los hijos de la fé, por ignorancia, ó por cobardía se mantienen indiferentes, anegados en los placeres: y por tanto, quando presenciarnos el santo Sacrificio de la Misa, debemos reno-

var la constancia y la firmeza que exige la fé. Creamos no solo con la boca, sino principalmente con el corazon: formemos la resolucion de creer constantemente con nuestras obras, y no queramos desmentir por cobardía ó flaqueza la postura firme y estable en que la Iglesia nos pone quando hace la profesion de nuestra fé.

Sin embargo quando se profesa el misterio de la Encarnacion se arrodillan el Sacerdote y todos los asistentes para honrar con este acto de humillacion la profunda humildad de Jesu-Cristo, porque los Cristianos, como dice San Augustin, deben acercarse siempre humildemente á un Dios humilde; pero no con la humillacion del cuerpo, sino con la del corazon, que debe penetrarse en este momento de las humillaciones de un Dios, que para asegurar nuestra libertad no se desdennó de tomar la forma de esclavo. Sí, se hizo hombre, y hombre pobre, aquel que manda la naturaleza entera: hombre desconocido, aquel que descendia de los Reyes de Judá, y que habia sido puesto por Rey de todas las naciones: hombre mortal, aquel que de ningun modo habia merecido la muerte por el pe-

cado. Humílese y abátase pues toda criatura en el momento en que se hace memoria de un misterio en que un Dios desde lo alto del cielo baxó al abismo profundo de las humillaciones, y de las baxezas según el pensamiento de la Iglesia.

Esta tierna madre para hacernos entrar en los sentimientos de veneracion, de confianza, de humildad y de amor, acostumbra cantar esta profesion pública de fé en las grandes solemnidades con toda la pompa y aparato que corresponde á su importancia, y dando á besar el santo Evangelio á todos sus Ministros, quiere con este exemplo enseñar al Pueblo que las verdades que les propone se contienen todas en este libro adorable, y que la confesion que hace el Clero, debe pasar al corazon de todos los fieles, de manera que puedan decir á cada verdad, á cada artículo de la fé lo que profeso con la boca lo creo con el corazon. En efecto, mi corazon cree, porque de esta creencia le resulta un interés poderoso, y esperanzas las mas ciertas de una felicidad eterna, y porque cada uno de los misterios que profeso es una prenda de los

mas dulces consuelos. Pero, hermanos míos, no basta hacer una confesion de boca, porque es necesario, que las obras vayan siempre de acuerdo con ella: un Cristiano debe profesar en sus conversaciones las verdades contenidas en el *Símbolo*, no prestando sus oídos á principios contrarios á la fé, ni propagándolos por su parte: debe profesarlos, negándose á la lectura de esos libros capciosos y seductores en que estos mismos principios se atacan ó se desconocen: debe profesarlos en sus acciones, procurando que todas ellas sean conformes á los preceptos y á las máximas de la ley: debe profesarlos en sus pensamientos, teniendo siempre á la vista el objeto de su fé: debe profesarlos en sus deseos, de manera que todos ellos le conduzcan á la consecucion de los verdaderos bienes que se le proponen: en fin, debe profesarlos en sus afectos, arreglándolos todos sobre los de Jesu-Cristo. Este Señor es el que nos ha dado las primeras lecciones para creer; pero tambien nos ha enseñado, que la fé del espíritu ha de ir siempre conforme con la del corazon, y la confesion del corazon con la profesion de

las obras. Esta leccion importante ha sido confirmada con sus exemplos, de modo que nosotros todavía somos mas deudoros á sus acciones que á sus palabras: por éstas nos muestra el camino, y por aquellas nos introduce en él: con sus lecciones nos enseña que podemos ser felices, y esta felicidad nos la da con sus exemplos. La Iglesia por tanto no quiere inspirarnos una devocion estéril, quando hacemos publicamente la profesion de nuestra fé; sino que quiere que un Cristiano que por todas partes ostenta el nombre de fiel, lo sea en efecto de una manera sensible: fiel entre sus hermanos por la santidad de sus conversaciones, y de todas sus obras: fiel en la adversidad, por la sumision y la paciencia, y por la firme esperanza de esa vida futura que debe recompensarle de todos sus trabajos: fiel en las tentaciones por su firmeza y su constancia, por el ódio del pecado, y por el temor de ofender á Dios: fiel en los bienes y en los honores de la vida, por su desprendimiento de las cosas perecederas, y por el santo uso de las riquezas que el Señor le concede, para que con

ellas pueda formarse un tesoro en la eternidad: fiel en la privacion universal de los bienes de este mundo, por su constancia y confianza en aquel que vela sobre todas sus criaturas con tanta atencion como misericordia: fiel sobre todo, entre los desertores y enemigos de la fé, oponiéndose con zelo á todos los esfuerzos que hacen para extinguirla en el corazon de los débiles.

Estas son, hermanos míos, las diferentes obligaciones que nos impone el *Símbolo* de la fé; ¡pero qué raros son los Cristianos en cuyo corazon se excitan estos sentimientos, y que hacen uso de ellos en las diversas circunstancias de su vida! Así quando Jesu-Cristo nos dice que en el último dia apenas quedará en el mundo una centella de fé, no habla de esa fé especulativa que consiste en la confesion pública, y en el conocimiento exterior de las verdades; pero la Iglesia hasta la consumacion de los siglos tendrá muchos hijos que obren de esta manera. Es verdad que el *Símbolo* resonará siempre en nuestros templos; pero esta tierna madre se llenará de la mayor amargura al ver que el mayor núme-

ro de sus hijos desmiente su fé con su conducta, ó que la deshonor con sus blamfemias, ó que la abandonan por intereses de poco ó ningun momento. Nosotros, hermanos míos, procuremos consolarla con una fé viva que jamas dude: con una fé sumisa, que no dispute; y con una fé activa que no se desmienta. El título de hijos de la fé ha de ser para nosotros el título mas honroso de todos, mediante que lo es en efecto por la union que nos da con Dios, y por los derechos que nos asegura haciéndonos los coherederos de Jesu-Cristo: y por esto la Iglesia concluye el *Símbolo* con estas palabras: *creo la vida del siglo futuro.*

Sí, la creo, la espero y la pido con todo el fervor que me infunde el espíritu de Dios. Desde ahora me dispongo para esta vida, y consagro en su obsequio todos mis instantes. Ya no cantaré en la tierra sino ese *Amen*, que es la expresion del deseo mas ardiente, hasta que en la mansion de la bienaventuranza cante el *Amen*, que será la confesion de mi amor, y de mi reconocimiento al Dios Todo-poderoso que adoramos. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

EL OFERTORIO.

DANIEL, CAP. III. VERS. 39.

Mas con corazon contrito, y con espíritu humillado seamos recibidos.

ESTA es la única disposicion que puede agradar á vuestro Dios; porque como dice en varios lugares de las divinas Escrituras, no dexará de echar una benigna mirada sobre el pobre, ni de oír al humilde de corazon. La Iglesia ha tomado esta oracion de uno de los Profetas para dirigirse al Señor en el momento que empieza la oblation del Sacrificio; y aunque nos ha